

La novela como Antropología

Las cosas, en el lenguaje, se enuncian mediante el concepto. El concepto es la representación de la cosa. Hombre, por ejemplo, es un concepto que designa un conjunto de notas y caracteres que representa a los hombres en general sin ser ninguno de ellos en particular. Es una abstracción que habla de todos sin decir nada de ninguno. Esta característica es la que da al concepto su singular paradoja: la del todo y la nada. Esta singularidad es, precisamente, la que le otorga la peligrosidad de las armas de doble filo: penetran mejor, pero si no se sabe usar uno se corta los dedos.

Pensar es difícil, y además peligroso. Cuando se piensa hay que tener bien sujetado bajo los ojos esa peligrosa particularidad de los conceptos. Un momento de distracción puede significar que nos quedamos con la nada, escapándonos del todo, que, después de todo, es ese detalle importante que diferencia al pensar del construir castillos de arena.

Es sabido - e incluso los niños lo saben - que conquistar una verdad no es fácil, es más, a veces hay que pagar demasiado. Por eso, hablar de las cosas manejando los conceptos por el lado de la pura nada, es jugar con las palabras. Hay que vivirlos. Es la única manera de que dejen de ser abstractos y pierdan su singular contradicción. La contradicción es un invento de la lógica, y nosotros, después de dos mil años de historia, hemos aprendido que la vida nada tiene que ver con un silogismo.

Una verdad siempre es la respuesta a una pregunta. Un hombre que duda y que interroga, de alguna manera ha llegado a uno de los límites de su vida. Responder ensancha el horizonte, da un poco más de cielo y de tierra para que la vida siga siendo. Nada más que por eso necesitamos verdades: para poder vivir. En una verdad, en el gesto de un hombre, en una manera de sentir el cielo líquido de un atardecer de noviembre, sospechamos no sólo un estado de ánimo, sino que, más allá de éste, sorprendemos una visión del mundo, una metafísica. Cada pueblo tiene la suya propia, que le viene dada por su peculiar manera de vivir los problemas, por su forma, personal y única, de preguntar y responder. No sólo pasa esto entre habitantes de distintas culturas, sino que, aun entre nosotros, ciudadanos de occidente, cien años, una generación, nos escamotea las verdades que había y nos arroja a una ciudad silenciosa y vacía. En esta capital del silencio, habitada por muertos honorables, apenas si escuchamos una o dos voces, por lo demás estamos solos. Solos, con la mirada azorada y las manos vacías, nos damos cuenta que tenemos que empezar de nuevo. La historia, al tener conciencia de sí misma, nos aplicó, a nosotros, alegres hijos de la universalidad, un mal golpe del que todavía no nos hemos repuesto. Sin piedad alguna nos arrojó de la ciudad eterna, laboriosamente construida, en que las palabras y los gestos de los hombres se sabían continuados para siempre. Ahí estaba el esfuerzo de Platón por construir un mundo indiferente al tiempo; allí la frente grave de Kant, que piensa esa realidad quieta y siempre idéntica a sí misma, casi mágica, incognoscible, a la que llamó con un nombre mudo; y ahora, aquí estamos nosotros, que tenemos que empezar de nuevo porque ya nos creemos en esas cosas. Eso hizo la historia. Mientras existió sin conciencia, nos acogió como acoge la ternura de una madre a su hijo primero; bastó sólo que se viera a sí para que nos convirtiera demasiado crecidos y nos arrojara a ese mundo desconocido y siempre solitario de nosotros mismos. Esa es la única evidencia que la historia nos deja: sólo nosotros, ahora y aquí.

Más allá, nada. La historia al hacer callar las voces mestánicas portadoras de verdades eternas, nos remitía a nuestro propio desamparo. De nada valen los gestos de ruego, las miradas; ella, como una madre terrible, no tienen piedad. Nos obliga a nosotros, seres paradójicos, a que vivamos la paradoja de encontrar la eternidad en el instante, para no enfermarnos de nostalgia. El instante - no ya el segundo -, ese

infimo detalle del tiempo, el aliento de un hombre, esa pasión repentina donde un ser humano se lo juega todo, de este instante, ¿quién nos habla? No es la filosofía con sus verdades para todos y para siempre, sino que es algo más ágil y vital; por lo menos tan ágil y vital como para poder registrar los cambios y crear un ámbito lo suficientemente elástico donde las contradicciones no sean absurdas. La novela es uno de esos ámbitos. Ella, por un lado, participa del mundo del discurso y, por el otro, de esas zonas oscuras e inencontrables donde el ya nunca es igual al para siempre. La palabra que emplea el novelista está usada en función de la palabra aquella que no existe. Por eso hay que usar cien mil palabras para decir una sola, que, por lo demás, no se llega a escribir. Esa palabra inexistente, y que sin embargo es la presencia absoluta en una novela, suele ser la verdad de una generación, a veces de toda una época. La obra de Dostoyevski apunta a esa palabra

inencontrable que la filosofía existencial intenta, años después, hacer inteligible. La obra de Dostoyevski es la intuición de un hombre salvaje, que sólo se siente y se vive a sí mismo, cuya moral dolorosa consiste en saber que "todo está permitido". Lo que en el novelista ruso fue un personaje de novela, la lógica interna de una vida llevada a sus extremos, hoy es una realidad colectiva. El emporio, es la consecuencia normal de un mundo sin dios, habitado por hombres desafortunados, que ante los fastos de sus crueldades ni siquiera se sonrojan.

Esa verdad callada, que es el todo del concepto, es también su área absolutamente histórica, su órgano vital, la encarnadura humana en suma. Lo que posibilita a la novela para esto, es que narra situaciones humanas concretas que requieren respuestas humanas concretas. La consecuencia - en la buena novela, y es que se digan verdades a la altura de los hombres. En el desnudamiento de su intimidad, el novelista desenmascara la espantosa intimidad de sus semejantes. Es en este apelar de hecho a la condición humana, donde junto al buen padre de familia, limpio y bien educado, que le pega a su hijo porque se mete el dedo en la nariz, la novela descubre al mentiroso, al hipócrita, al cobarde o al pederasta. La sinceridad lúcida de Sartre, la honestidad

insobornable de Camus, o aquí, entre nosotros, el buceo casi asfixiante de Sabato, persiguen al hombre hasta su última y triste realidad, lo atrapan y lo exponen en totalidad; como es para los otros y como es para sí mismo. En este decidido asumir la existencia, que va de lo degradante a lo sublime, en el intento de derribar esa pared de vidrio que es la fina mirada del prójimo, "que no nos dice nada", y a través de la cual se intenta adivinar un pensamiento, una mentira o una trampa, en medio de todo esto, se juega esa vocación de los hombres que convierte a su destino en algo dramático: el saber. Heidegger, hablando de un Edipo que vive "en el brillo de la fama y la gracia de los dioses", dice que, llevado por la pasión fundamental de los griegos, la de quitar los velos del ser, Edipo se resuelve a quitar los velos de lo que se oculta, para luego revelar al pueblo un hombre que es tal como él mismo es.

Esta pasión por saber, este deseo por reconquistar al hombre sin dejarlo solo abandonado a sus bajezas, es la característica dominante de la novelística contemporánea. Allí los Edipos se nos presentan para que, al igual que en esos monstruosos espejos de los parques de diversiones, todos, en fila, sin sonrisas imbeciles, nos reconozcamos. Tal vez, al principio, nos cueste un poco de trabajo. Pero podemos elegir sin temor de equivocarnos: en eso todos somos iguales.



RAFAEL DIAZ, Escritor argentino, contemporáneo y miembro del Movimiento Filosófico Americanista

4
E
N
S
A
Y
O